

Historia de memoria de la creación del programa de jubilación de la AFESE

Leonardo Carrión*

Ingresé a Cancillería en 1968 y, luego de algunos meses, mejor dicho casi al año, descubrí que era la AFESE, ya que no tenía ninguna presencia institucional más allá de algo realmente útil, por lo menos para mí, que era la repartición del Fondo de Ayuda, que consistía en 200 sucres mensuales a todos los miembros que tenían más de un año de antigüedad. Por eso es que yo tomé realmente conciencia de la AFESE cuando comencé a recibir esos 200 sucres que eran más o menos un 20% adicional a mi sueldo, y por ende, eran muy importantes.

Para 1974, época en la cual me encontraba como Secretario de la Embajada del Ecuador en Washington, la AFESE seguía siendo un club social, que se encargaba de la cafetería y de organizar las despedidas y bienvenidas a quienes eran designados al exterior o retornaban de sus misiones y, claro, de la repartición del Fondo de Ayuda, proveniente de los aportes de los socios en el exterior, y casi nada más.

Obviamente, nadie le ponía demasiado interés. Es ahí cuando, al convocarse las elecciones de ese año, un grupo de jóvenes resolvieron promover la candidatura del Consejero Horacio Sevilla, para la presidencia de AFESE, quien presentó un plan de trabajo absolutamente novedoso, producto de las corrientes de izquierda que la nueva generación que se hacía presente profesaba, para confrontar al candidato tradicional, Ministro Gonzalo Paredes Crespo.

Horacio era toda una institución entre las generaciones nuevas y casi el mismo demonio para las más mayores. Entre sus hazañas se contaba su “exilio” a Panamá conjuntamente con el derrocado Presidente Carlos Julio Arosemena Monroy; su rol en la independencia de Guinea Bissau, donde aun existe un busto suyo y una calle con su nombre en la capital; y su entusiasmo cuando la Asamblea General de las Naciones Unidas reconoció a la República Popular China como la verdadera representante del pueblo chino, lo que

* Embajador de carrera del Servicio Exterior Ecuatoriano

fue visto por todo el mundo en las noticias internacionales.

La lucha fue sumamente reñida, porque las generaciones reinantes, de repente, vieron amenazadas sus tradiciones, sus formas de actuar, y quizás, sus canonjías. La Cancillería se dividió en dos, acusaciones de lado a lado, y en una final casi fotográfica, se dio el cambio. Horacio había ganado y de acuerdo con su programa, se dispusieron a refundar la AFESE, y lo hicieron.

Horacio, en su aventura gremial estuvo acompañado por Hernán Holguín, Enrique Garcés, Luis Narváez y Fernando Córdova, entre otros. De ellos, los tres primeros fueron los subsiguientes Presidentes de AFESE que continuaron con la obra propuesta y lograron consolidar los cambios.

De la AFESE anterior solo queda la lista de Presidentes y casi nada más, y todo lo que tenemos ahora comienza con esa elección. En el proceso de refundamiento de la AFESE se crea lo que se denominó Caja de Mejoramiento Administrativo, un nombre raro de los que se acostumbraba en esa época, que concordaba con las políticas nacionalistas y revolucionarias del Gobierno del General Rodríguez Lara. Esta "Caja" era una entidad autónoma dentro de la AFESE encargada de crear un programa de cesantía, al estilo de la

Caja Militar, y uno de ahorro y crédito, que sería la semilla de un pequeño banco de nuestra propiedad. (La Caja de Mejoramiento Administrativo fue creada mediante Decreto Supremo No. 35, de 9 de enero de 1976, publicado en el Registro Oficial No. 7, de 20 de ese mismo mes y año.)

El programa de cesantía estaba destinado a la capitalización de un ahorro obligatorio para que quienes pasen a jubilación reciban un monto de dinero suficientemente importante para afrontar su vejez de manera digna.

El programa trabajó varios años, y el grupo de funcionarios que lo creó, dentro del normal proceso de rotación del Servicio Exterior, salieron a cumplir funciones en Embajadas y Consulados. Horacio, recuerdo, vino a Washington, donde yo era Segundo Secretario, oportunidad en la que hicimos una entrañable amistad que no ha variado con el curso de los años.

Otros funcionarios tomaron la dirección de la AFESE y la CAJA, algo que nadie realmente comprendió, y vivía distraídamente manejada casi en su totalidad por la señora Pepita, es decir por la contadora, que era la única empleada que teníamos y que por ende era la única que le daba continuidad y era su memoria. Cesantía capitalizaba e invertía su di-

nero en cuentas de ahorro, y el SAC prestaba cantidades ínfimas y nadie ahorra, sino el ahorro obligatorio. A pesar de ello, por el número de aportantes, se llegó en Cesantía a capitalizar un monto importante, y una directiva decidió que era más conveniente entregar a los funcionarios en ese momento la cesantía que esperar que se jubilen, y procedió a la compra de la Hacienda La Victoria, para dar a cada socio un “huerto familiar”. Pero esa es otra historia que algún día se debe contar.

El tiempo transcurrió normalmente, todos seguimos rotando, yo volví de Washington, para posteriormente ser trasladado a Lima y para finales de los 80 me encontraba nuevamente en Quito. Un grupo de funcionarios, allá por 1986-87, si mal no recuerdo, se dio cuenta que el programa de cesantía que teníamos realmente no cumplía con sus propósitos, y nunca iba a llegar a capitalizar lo suficiente para entregarnos un monto decente al momento de retirarnos. La inflación y las variaciones de los salarios, cada vez más malos, comenzaban a hacer efecto.

En esos momentos había una gran debate en el país por la reforma interna que enfrentaba el IESS y su “guru” era el doctor Nicolás Dueñas, hermano de nuestra entonces compañera Martha Dueñas. Esto me lo contaron, y yo lo cuento exactamente como me lo dijeron. Este

grupo de compañeros, que no me acuerdo quienes fueron, hablaron con Martha para ver como podíamos conseguir que este famoso sabio nos ayude en transformar nuestro sistema arcaico en uno de jubilación moderno. Martha habría hablado con su hermano y este, con la mejor buena voluntad, ofreció hacer el estudio sin costo alguno. Hubo un gran entusiasmo, que comenzó a filtrarse hacia el estado llano, donde moraba yo como la mayoría de los funcionarios del Ministerio que nunca nos enterábamos ni realmente nos importaba lo que ocurría con la AFESE y aun menos con la Caja, de la que realmente no sabíamos nada. Se filtró la noticia que el Doctor Dueñas estaba preparando un estudio para tener nosotros nuestra propia jubilación, eso sonaba bien, y la gente comenzó a interesarse, ya que era público el fracaso del IESS y los esfuerzos de Dueñas para salvarlo.

Cuando el estudio estuvo listo se convocó a una Asamblea para presentarlo, lo que congregó a todo el Ministerio, y el salón, en términos taurinos, estaba lleno hasta la bandera. Dueñas hizo una explicación con la gran facilidad de palabra que lo caracterizaba y con muchos gráficos a los que recurría para probar sus aseveraciones. Todos nos quedamos maravillados. Se podía crear un programa en base a lo que teníamos para poder jubilarnos a los 25 años de aportes, si mal no recuerdo,

con pensiones indexadas. Era algo extraordinario. El aplauso fue estremecedor, casi lo sacamos en hombros, y como es lógico aprobamos su propuesta por aclamación. Veíamos un futuro sólido y una vejez que tenía garantizada su seguridad económica.

En esos tiempos, luego de haber participado en la campaña electoral apoyando a Edwin Johnson para la Presidencia de AFESE y a Rafael Veintimilla a la de la CMA, yo ocupaba muy despreocupadamente el cargo de representante del Servicio Exterior en el Consejo de Vigilancia de la CMA, cuyo presidente era Egbert Espinosa.

Creo que es oportuno hacer un paréntesis para recordar quien era Egbert, el “Gringo” Espinosa. A esa altura era Ministro del Servicio Exterior, tenía una historia romántica sobre su nacimiento y juventud que no es el momento para contarla, y había acumulado una cultura fabulosa, nada existía que él no sabía, había leído todo, y lo había procesado, conversar con él era simplemente una experiencia extraordinaria. La vida no le había sido fácil y había tenido que luchar con muchos fantasmas, que al final le ganaron la batalla y un día cualquiera hicieron crisis y se lo llevaron para siempre, dejando en sus amigos una sensación de vacío que nunca podrá ser llenada. Unos de sus temas favoritos, recuerdo, era

Jacob Wasserman, ese extraordinario escritor alemán, que podría ser considerado el Dostoyevski germano, que describía, con un detalle exquisito esa sociedad en los finales del siglo XIX y los principios del XX, en la cual, siendo judío, vivió el inicio de la discriminación hacia su pueblo, falleciendo en los albores de la hecatombe nazi. Entre los temas de Wasserman que más le gustaban a Egbert era el analizar, quizás hasta el cansancio, el Caso Mauricius y sus dos secuelas, Etzel Andergast y la Tercera Existencia de José Kerhoven y luego, como un divertimento, ponía de manifiesto su conocimiento de música al analizar “la partitura” y la “clave” del Hombrecillo de los Gansos. Conmigo siempre hablaba de este tema, en nuestros largos almuerzos, por que descubrió, para su sorpresa, que yo había leído también estos libros, por recomendación de mi padre, y los conocía íntimamente, desde que a través suyo descubrí el misterio del Caspar Hauser, el niño que apareció de la nada, sin memoria, sin pasado, y que se convirtió en uno de los más famosos misterios de la mitología teutona. Yo era casi un milagro, decía él con su inagotable capacidad de exagerar, porque solo los dos conocíamos a este escritor en el Ecuador y eso nos hacía personas muy especiales, con lo que yo, humildemente, estaba totalmente de acuerdo.

En su vida diplomática siempre fue un libre pensador, muy alemán,

le decían, con una firme ideología socialista, y con una especial amor hacia su país, el Ecuador. Nunca fue obediente y eso muchas veces le trajo problemas, pero los venció con su luminosa inteligencia y gran capacidad, pero sus fantasmas lo perseguían, lo acosaban, y para esa altura ya habían hecho mucho daño en él, pero no cedía, luchaba, y en esa situación lo encontré, cuando compartíamos esas dignidades gremiales. El, como todos nosotros estaba eufórico ante la noticia, en esta vez, con certeza, que nuestra vejez, que a pesar de ser bastante jóvenes, se acercaba a paso firme, estaba económicamente asegurada.

A todos la creación del programa de jubilación nos dio un espacio increíble para soñar, en esa extraña tesitura que todos los jóvenes tenemos, que es el querer irnos, el querer cambiar, el rechazar de plano la carrera que seguimos con tanto ahínco. Y claro, todos hacíamos cálculos, 25 años de aportes, yo ya tengo tantos por que se incluían los años aportados al sistema anterior y eso nos hacía ver que el futuro tenía muchas perspectivas al poder jubilarnos jóvenes. Unos decían que se retirarían para escribir, otros para la cátedra, otros para iniciar un negocio rentable, sueño de todo diplomático, así como el de todo abogado exitoso es convertirse en ganadero, en fin, cualquier tipo de especulaciones de este tipo domi-

naban nuestras conversaciones, con gran optimismo.

Uno de los que planeaba retirarse tan pronto cumpliera con esos maravillosos 25 años que le garantizaban una renta permanente y suficiente era Armando Duque, el soñaba con volver a la docencia a tiempo completo, y poner una consultora para asesorar en asuntos financieros internacionales. El tiempo no podía ser más apropiado, la experiencia que se ganaba en el servicio exterior era única, los contactos ni se diga, era perfecto. La fichas encajaban perfectamente. Pero como dice el refrán, esto era “to good to be true”, y él comenzó a dudar, era demasiado perfecto, demasiado bueno, y las cosas no son así, nunca lo han sido, nunca lo serán. Siendo un profesional con una amplia experiencia académica, comenzó a analizar detenidamente el programa, hizo cálculos, puso ejemplos, y las cosas no daban los resultados esperados, algo no estaba bien, definitivamente algo estaba completamente mal.

Con estas dudas nos invitó a almorzar en uno de esos extraños lugares vegetarianos que se estaban creando en esos días en Quito y que a él le parecían que eran los apropiados, a pesar de nuestra rotunda oposición que todo lo sano nos producía. Siempre recordaba la frase del Tío Benjamín cuando algo no le gustaba, “esto está muy sano”, decía. Pero

ganó y nos llevó a un lugar donde servían ensaladas, una cosa blancuzca llamado tofu, que sabía a nada y unas hamburguesas de soya que eran realmente horribles. Pero lo feo de la comida resultó ser el entorno apropiado para lo que Armando nos comentó. Nos contó con detalle el resultado de sus investigaciones y de sus graves preocupaciones sobre el futuro de este maravilloso programa. Todo comenzó a caerse en pedazos, la ilusión de Egbert de liberarse del yugo diplomático para poder confrontar a sus fantasmas se evaporó. Todo fue solo un sueño, no podría haber sido de otra manera. Nuestros sueños se evaporaron pero, y los demás, tanta gente que había frizado íntegramente su futuro en esta oferta y que se acababa de golpe, sin explicación, tendría efectos devastadores sobre la asociación y sobre todo el Servicio Exterior. Nadie volvería a creer en nada, nadie volvería apoyar ninguna iniciativa, ahora cada cual por su cuenta y se acabó la solidaridad, se acabó la institucionalidad, era simplemente terrible.

Que hacer fue la pregunta. Egbert se comprometió a llamar a su amigo o pariente, o ambos, no me acuerdo, Rubén Orellana, Rector de la Escuela Politécnica Nacional y por derecho propio, un prestigioso actuario. El "Orico" como le decían sus amigos, tenía fama de tener un humor horrible, y de ser un hombre de pocas pulgas y muy

poco accesible. Sin embargo, ante la llamada de Egbert nos recibió enseguida. Fue sumamente cortes, a pesar de sus actitud adusta, y nos oyó con atención la explicación que Egbert y Armando le daban, y que yo prudentemente callaba. Al concluir nos dijo que deploraba no poder ayudarnos por que hacía mucho tiempo que no ejercía la ciencia actuarial, algo de la familia de las matemáticas según comprendí, por que la Politécnica le consumía todo su tiempo, y eso era lógico porque de la nada había logrado construir una universidad técnica del más alto nivel, algo sumamente raro en el Ecuador, especialmente por el descalabro de la universidad pública. Pero, al ver la cara de desazón que pusimos, nos dijo que vería la forma de ayudarnos, nos pidió toda la documentación, especialmente la base actuarial en la cual se basaba el proyecto de Dueñas, y una completa información sobre el número de miembros del programa, edades, años de aportación y fechas de jubilación probables. Todo eso teníamos, ya que previamente, bajo la dirección de Armando, que sí entendía de esas cosas, nos habíamos provisto de toda la información básica. Nos dijo que se lo dejemos y que vería si se puede construir un modelo matemático para probar las conclusiones actuariales del programa y determinar si este tenía factibilidad en el tiempo. Nos fuimos sumamente agradecidos.

Mientras esperábamos los resultados del trabajo que el Ing. Orellana nos había prometido, Armando se enteró que estaba de visita en Quito el Doctor Peter Thulin, y que debíamos ir a verlo. Claro que ni Egbert ni yo sabíamos quien era este personaje. Armando nos explicó que Thulin era un experto actuarial suizo-alemán que, bajo la tutela de la OIT, entre los años 30 y 40 había creado todos los sistemas de seguridad social de América Latina y algunos de Europa. Que estaba retirado hace muchos años, pero que retornaba todos los años para monitorear lo que le ocurría al IESS en agradecimiento a que durante la II Guerra Mundial el Ecuador le había otorgado un pasaporte diplomático, lo que le permitió salvarse del holocausto nazi, y la Cancillería fiel a esa decisión le venía revalidando este pasaporte cada dos años, como era la norma en esa época, y el cual era portado con gran orgullo y respeto por parte de Thulin. El IESS le facilitaba una oficina y le daba toda la información que requería.

Equipados con toda la información nos dirigimos al Edificio del IESS frente al Ejido, subimos a uno de los pisos superiores y entramos en una oficina muy grande donde el único mueble que se divisaba era un escritorio, flanqueado por dos radiadores encendidos a cada lado, y un gran basurero a unos 5 o 6 metros de las mesa. Frente a él se encontraba

sentado un anciano, con un poncho muy grande y con un sombrero de paja toquilla. Al acercarnos, nos habló con un correcto español con acento alemán, y nos pidió disculpas por no levantarse porque le hacía mucho frío. Nos presentamos y él inició una conversación amable preguntándonos por Manolo Pesantes, a quien había frecuentado mucho en los últimos años en Berna e inquirió si todavía vivía Armando, su padre. Luego contó algunas anécdotas sobre diplomáticos ecuatorianos en Suiza, con los cuales siempre hacía amistad y quienes siempre le revalidaban su pasaporte diplomático. Una vez concluida esta fase social en la cual se mostró extremadamente amable, Armando Duque le relató la razón de nuestra visita. Cuando Thulin oyó el nombre de Dueñas, todo cambio, se puso frenético y comenzó a lanzar imprecaciones contra ese individuo que era responsable, según él, de la destrucción del IESS y su frustración porque nadie le hacía caso, porque nadie le oía. Dijo a gritos, con lo que nos preocupó que le dé un síncope, que se lo debía inclusive fusilar, por el delito de lesa patria, que nada es más criminal que destruir la vejez de un trabajador, y que este Dueñas, doctor se dice, gritaba, pero en culinaria, si no estudió para actuario sino para cocinero, vociferaba.

Cuando se calmó un poco, Armando le alcanzó una copia del estudio de Dueñas que Thulin lo revisó a

gran velocidad, musitando una gran cantidad de palabras en alemán, y que nosotros colegíamos que eran imprecisiones, y cuando terminó lo lanzó con gran precisión hacia el basurero. Allí debe quedarse, gritó, esto no vale para nada, no sirve, es una farsa gritaba. Seriamente creíamos que le iba a dar un ataque de algún tipo. Nunca habíamos visto a una persona tan furiosa. Estábamos seguros que si por ahí asomaba Dueñas simplemente lo asesinaba, o para decirlo correctamente, lo ajusticiaba.

Cuando se calmó un poco, nos expresó que un programa de jubilación, estructurado como el que nosotros necesitábamos funcionaría siempre y cuando se cumplan con cuatro condiciones fundamentales: que el número de afiliados nunca decrezca; que los beneficios sean calculados dentro de la realidad que los recursos existentes permitan; que las inversiones sean correctas buscando la rentabilidad requerida por los cálculos actuariales, pero siempre privilegiando la seguridad antes que la rentabilidad; y que, finalmente, inclusive si las inversiones son un éxito, nunca se debe incrementar las prestaciones sin que se tenga el respaldo técnico. Nos dijo que estas normas son inflexibles y los reglamentos también lo debían ser y que no se debía hacer excepciones por que esto rompe la seguridad y estabilidad que un programa de estas características

demanda. Nos felicitó por tratar de crear un programa independiente del IESS, ya que este había sido destruido por Dueñas, principalmente por no cumplir con las normas arriba señaladas.

Nos despedimos agradeciéndole por su apreciación y ayuda y nos fuimos totalmente compungidos. No podía ser tan grave, pero los peores temores de Armando se estaban cumpliendo.

A la semana, el propio “Orico” llamó a Egbert, y le pidió que fuéramos a su oficina. No le adelantó nada, pero por la voz, Egbert nos dijo que la cosa iba a ser definitivamente mala. Y así fue. El Ing. Orellana nos expresó que un alumno, bajo su dirección, desarrolló un modelo matemático del programa, pero que este no era posible ejecutarlo por que las fórmulas que lo respaldaban, esas maravillosas expresiones algebraicas que lo adornaban, eran simplemente eso, adornos, ya que no constituían expresiones matemáticas.

Eso dio al traste con toda la poca fe que aun teníamos. El programa ofrecido por Dueñas era un fiasco, era una obra de ficción, sin bases en la realidad.

¿Cómo informábamos a todos los socios de esto y manteníamos la fe de que en la AFESE éramos capaces de hacer algo bien?, ya que hasta

esa fecha todo lo que se había hecho en la asociación, excepto la Urbanización Mexterior, había fracasado. Ese era ahora nuestro dilema y responsabilidad.

Cuando nos reunimos los tres nuevamente en su oficina, Egbert tomó la decisión de informar al Consejo de Administración y a la Presidencia de AFESE, que de acuerdo al Reglamento vigente, en ejercicio de sus funciones, suspendía la resolución de la Asamblea General que había creado este programa. Rafael Veintimilla era para esa época presidente de la CAJA y Edwin Johnson, Presidente de AFESE.

Nos reunimos con ellos y les explicamos lo que había ocurrido. Qué hacer fue la pregunta. Esto no podía quedar así. Ya se habían iniciado los descuentos de los aportes de los socios. Teníamos que encontrar una solución.

Aquí comienza realmente mi intervención en todo este drama. Ante la gravedad de la situación, se me ocurrió llamar por teléfono a Jorge Capriatta a Lima, a la sazón Director Regional de la OIT para las Américas. Amigo de muchísimos años, desde cuando el era funcionario del BID y Profesor de la Universidad de Johns Hopkins y yo, Secretario de la Embajada en Washington, que había tenido la suerte de volverlo a encontrar en Lima,

cuando llegué como funcionario de la Embajada, y él había retornado de Chile a ocupar ese puesto en la OIT, luego de terminar un periodo de experto en la CEPAL. Él y su esposa Fina (luego Alcaldesa de Barranco) fueron unos amigos extraordinarios y entrañables en Lima y lo siguen siendo hasta ahora. Jorge culminó años después su carrera en la OIT como su Subdirector General, es decir su segunda autoridad, con sede en Ginebra.

Jorge recibió mi llamada y me expresó que la OIT no prestaba ese tipo de asesoramientos a instituciones privadas, y ante mi insistencia, decidió que lo iba a hacer, siempre y cuando mi gestión fuera respaldada por las autoridades de Cancillería. Le aseguré que así sería, y nos fuimos, los 5, a hablar con el Dr. Rafael García Velasco, Canciller de esos momentos. El Dr. García Velasco nos recibió enseguida y ante el pedido de apoyo, nos lo dio inmediatamente y dispuso las instrucciones para que se dirijan oficialmente a la OIT solicitando esta cooperación.

Aceptado el pedido de la Cancillería ecuatoriana, Jorge Capriatta dispuso que el Director de la Oficina Regional de la OIT para Seguridad Social, con sede en Buenos Aires, Alfredo Contegrand, viaje a Quito para hacer una evaluación preliminar de lo que significaría esta cooperación.

Contegrand llegó pocos días después y nos pidió toda la información del programa de Dueñas y una serie de datos relativos al número de personas, edades, sueldos y otras variables del personal del Servicio Exterior. Esta información fue remitida al Centro de Estudio Actuariales que mantiene la OIT en Ginebra.

En menos de un mes nos llegaron los informes de Contegrand y de Ginebra. Confirmaban todo lo dicho por Thulin y Orellana. El programa no tenía ni pies ni cabeza y no hubiera durado más de 5 años antes de quebrar. Es decir quebraba antes de comenzar. Esta información nos dejó aun más anonadados.

Contegrand nos dijo que no nos angustiemos tanto, ya que ellos habían asesorado a otros Gobiernos para crear programas como el nuestro y que era factible. Para ello formuló un proyecto de cooperación de la OIT, para el envío de un experto en seguridad social para que conjuntamente con nosotros establezca un programa viable.

Creo importante mencionar que Alfredo Contegrand en 2002 fue designado Ministro de Bienestar Social de la Argentina por el Presidente Néstor Kirchner.

Dentro de los plazos previstos llegó el experto de nacionalidad argentina, Alcides Spataro. Formamos

una comisión de apoyo a su labor conformada por Armando Duque, Rafael Veintimilla y yo. Se le habilitó una oficina y se le dio toda la documentación requerida. Las autoridades nos prestaron decididamente su apoyo proveyéndonos de toda la información estadística necesaria: listas de los funcionarios, sus cargas familiares, edades, tiempos en la carrera, antigüedad, rotaciones, salarios, etc. Spataro efectuó los cálculos actuariales, estableció las proyecciones a 25 años y dispuso las reglas que debían enmarcar el nuevo programa.

Estos cálculos fueron enviados luego a Ginebra para su revisión. Mientras tanto, se convocó una Asamblea General conjunta de la AFESE y de la CAJA, presidida por Edwin y Rafael, en la cual se informó de todo lo ocurrido. Spataro hizo una explicación clara del nuevo programa e hizo recomendaciones para el cambio de los estatutos. La Asamblea nos designó a los mismos, más Alfredo Vela, para que redactemos las reformas a los reglamentos recomendadas por el experto, y le dio al Directorio de la Caja la capacidad para modificar el reglamento con las recomendaciones posteriores que vengan de Ginebra, una vez afinado el programa.

Trabajamos arduamente los miembros de la Comisión y redactamos el reglamento existente, dejan-

do en claro que aun se le tenía que hacer modificaciones, una vez que se reciba el informe final de Ginebra. Con este informe, Spataro hizo otra consultoría para la OIT durante el mes de abril de 1989, lo que le permitió al Consejo de Administración, en cumplimiento del mandato de la Asamblea General de agosto de 1987, aprobar definitivamente el Reglamento que actualmente está vigente y que dio nacimiento al programa de jubilación existente.

Este reglamento tuvo una serie de condicionamientos especiales. Primero, el respetar los derechos de las personas que adquirieron el derecho a jubilarse en el proyecto de Dueñas, que era un número importante de funcionarios, principalmente Embajadores. A ellos se les dio la oportunidad de escoger entre dos opciones: liquidar sus aportes de acuerdo con el viejo programa de cesantía, o esperar un año para recibir su primera pensión, que de acuerdo con las nuevas tablas era de 28 al 36% de su salario real. Todos los funcionarios a quienes se les propuso, en un acto extraordinario de solidaridad y confianza en el sistema escogieron incorporarse al programa de jubilación de acuerdo a lo planificado, es decir, repito, esperar un año para recibir su primera pensión. Hubo una excepción, el Embajador Cristóbal Montero, con su acostumbrado entusiasmo y pragmatismo, nos manifestó que no creía en estas cosas y

que el quería su dinero, contante y sonante, ese mismo momento, burlándose de sus compañeros que por seguro iban a perderlo todo.

Tres años más tarde, el Embajador Montero, al ver que sus compañeros recibían una pensión, pequeña, si, pero era un ingreso fijo al que se le sumaba el seguro médico, que para esa fecha, el entonces Presidente de AFESE, Francisco Martínez, había conseguido que se incorpore a los pensionistas al seguro de Cancillería, solicitó su reingreso, ofreciendo devolver el dinero recibido más los intereses. Esta solicitud la hizo en una reunión especial del Consejo de Administración a donde acudió acompañado de su abogado y “cómplice”, un doctor Ortuño, famoso por sus vinculaciones con Carlos Julio Arosemena Monroy. El reglamento prohíbe categóricamente este tipo de acciones, y a pesar de la amistad y aprecio que se le tenía, se le negó la solicitud. El embajador Montero, resentido, decidió enjuiciarme a mi y a la Caja, a la AFESE, y al Ministerio de Relaciones Exteriores (que no tenía nada que ver en el asunto) y si hubiera sido posible al propio Creador, para que un juez ordene su incorporación y que le paguemos daños y perjuicios. Este juicio fue ganado en todas las instancias y la sentencia final de la Corte Suprema, archivando definitivamente el proceso, salió en el 6 de noviembre del 2000, dos años

después que el Embajador Montero había fallecido.

Es anecdótico recordar que cada vez que me encontraba con el Embajador Montero, o este me veía, gritaba desde lejos que prepare mis bártulos, por que ya mismo sale la sentencia en mi contra y que me iba a enviar a la cárcel por mucho tiempo, y se reía a carcajadas, dándome unas palmadas que solo competían en fuerza con las que da el Embajador José Ricardo Martínez Cobo, y que me dejaban dolorido por varios días.

El programa tiene una escala progresiva de pago de las pensiones y montepíos, entrando recién en vigencia plena en el año 2014. Para esa fecha, todos los que se jubilen, si es que han sido de carrera, recibirán el 80% del sueldo real de Quito (el programa original establecía el 100%, pero se determino que el 80% más la pensión del IESS, le otorgaba al jubilado un 100% de su salario, consiguiéndose que la única diferencia entre alguien en servicio activo y otro en servicio pasivo, es que este último ya no va a trabajar, recibiendo la misma remuneración.

No hay que olvidar que este sistema esta basado en la solidaridad de todos para con todos. Esto hace que el aporte general permita que todos recibamos las prestaciones a las tenemos derecho, no como el caso

de lo que se ha venido pregonando, apoyado por el sistema financiero, de las cuentas individuales que mata la solidaridad y hace que si una persona vive más años de los que estaba previsto en sus ahorros, simplemente en la etapa mas difícil de su vida, se queda sin ingresos. Estas líneas de pensamiento están hechas para que los ricos reciban todo por su amplia capacidad de ahorro y los pobres se sigan muriendo de hambre. En este sistema nadie recibe menos de lo que tiene derecho y a nadie se le corta la pensión porque vivió más de lo calculado, ni a él ni a su cónyuge o hijos minusválidos. Esta es la belleza del programa. Espero que nunca se lo cambie y todos tengamos una vejez segura.

Habiendo aprobado este reglamento, se produjeron elecciones en AFESE y Hernán Holguín reemplazo a Edwin Johnson, Rafael Veintimilla continuo al frente de la CAJA porque su período era de dos años. Aquí, en el mes de marzo se dio una situación muy complicada por la convocatoria por parte del Presidente de AFESE a una Asamblea, en la cual se destituyó a toda la directiva de la Caja, menos a mi, a fin de darle al Presidente de AFESE una amplitud de manejo integral del tema. Yo renuncié a mi cargo en el Consejo de Vigilancia en protesta por esta arbitraria e ilegal decisión. Rafael Veintimilla y el resto de la directiva, pudiendo desconocer la decisión de la Asamblea, por no

ser competente por cuanto la Caja tiene sus propios cuerpos directivos, independientes de la AFESE, para no crear más tensiones en el inicio de un programa de esta importancia, renunciaron irrevocablemente a sus funciones. La Asamblea, entonces, eligió a Armando Duque, candidato presentado por el Presidente de AFESE como Presidente de la CAJA por el período que le faltaba cumplir a Rafael. Armando a su vez, designó al Embajador Horacio Sevilla como Gerente de Cesantía y al Ministro José Jijón como Gerente del SAC.

Para el mes de abril llegaron las recomendaciones finales de Spataro y de Ginebra, y el experto viajó una vez más a Quito, para coordinar con nosotros la redacción final de los reglamentos y la afinación definitiva del programa. Para esto trabajamos una comisión compuesta por Armando, Alfredo Vela y yo. Tuvimos el apoyo permanente de Horacio y Pepe.

El programa comenzó y un grupo de funcionarios se dedicaron a hacerle la guerra promoviendo la desafiliación masiva, especialmente entre los funcionarios del área administrativa, y la labor que desarrollaron Hernán Holguín, Armando Duque y Horacio Sevilla en contra de esta acción fue extraordinaria. Al final todos los funcionarios de la Cancillería habían ingresado, y el programa daba inicio.

Al año siguiente, fui elegido Presidente de la Caja y yo confirmé a los dos gerentes, con quienes trabajamos intensamente en la consolidación del sistema de pensiones y en las reformas del Servicio de Ahorro y Crédito, el cual se convirtió en pocos años en la extraordinaria institución que es ahora. Este Servicio no había logrado consolidarse hasta esa fecha, su captación de ahorros era mínima y no permitía capitalizar lo suficiente para ofrecer créditos de montos que sean suficientemente importantes para ayudar a los funcionarios a llenar sus necesidades crediticias, teniendo que recurrir al terrible sistema bancario ecuatoriano. La falta de capital la suplimos temporalmente depositando en el SAC los nuevos ingresos de Cesantía, y aprobamos un nuevo reglamento de crédito ampliando considerablemente los montos de los préstamos. Esto permitió, a su vez, que ofreciéramos tasas de interés en los ahorros superior a la banca, lo que incentivó el ahorro interno. Este cambio le dio al SAC una dinámica extraordinaria. Los compañeros comenzaron a recurrir a él en vez de a la banca privada, y como teníamos recursos para prestar, se estableció una relación especial de confianza que aun se mantiene. Al principio fue arduo el distribuir el dinero de los préstamos porque se creó una gran demanda. Pepe hizo maravillas en esto. Luego los depósitos de los funcionarios crecieron lo suficiente para liberar los fondos

de Cesantía, y ahora el SAC, no solo que tiene una liquidez envidiable, sino que tiene sus propios recursos para suplir la demanda de créditos, los mismos que se han incrementado sustancialmente y han permitido que una gran mayoría de compañeros, a través de sus créditos hipotecarios, pueda adquirir vivienda.

El tema fundamental del inicio del programa de jubilación fue primero darle un estructura administrativa moderna y luego establecer un sistema de inversiones seguras y que cumpla las necesidades básicas de rentabilidad del programa.

En el primer caso, luego de una corta y muy mala experiencia, contratamos como Director Financiero – Administrativo al Ing. Jorge Ramos, hijo de nuestro compañero del mismo nombre, que para esa fecha ya había pasado al retiro. Jorge tenía una gran experiencia administrativa y conocía profundamente a nuestra institución. Con carácter inflexible, digno hijo de su padre y aun más, nieto de su abuelo, el legendario “Taita Catzo”, Guillermo Ramos, Ministro de Gobierno de Galo Plaza, Presidente de la Corte Suprema de Justicia y uno de los principales luchadores del Frente Democrático Nacional, Jorge organizó la oficina dándole, por primera vez en la historia de AFESE, un carácter profesional y una vocación de servicio extraordinarias. Cuando se lo contrató, se le expresó que

una de sus funciones principales era asesorar a las directivas, dándonos todo el tiempo su opinión y puntos de vista, y que en ningún momento tenía que obedecer a ciegas las órdenes que recibía. Esto lo cumplió con gran decisión, lo que muchas veces, por su inefable tesón, creaba fuertes tensiones, pero el debate y el análisis que ello provocaba hacían que finalmente, las decisiones que se tomaban, sean acertadas.

Tenía una gran vocación de servicio y una visión democrática del tratamiento de las personas: todos eran socios de AFESE, por lo tanto todos eran iguales. No podía haber privilegios por rango. Esto molestó a muchos que no comprendían la diferencia entre una asociación gremial en que todos somos iguales y la jerarquía propia de nuestra carrera. Para los jubilados, Jorge se volvió un puntal extraordinario y por su sugerencia, se creó una oficina de servicios y apoyo a este grupo de compañeros, que son los que más lo necesitan.

Spataro durante las largas discusiones y análisis sobre el tema de la jubilación que teníamos mientras estudiábamos el nuevo reglamento, nos decía que este programa debe estar basado en cuatro columnas: pensión, salud, servicio y recreación.

Esto nos permitió diseñar la estructura futura del programa: pri-

mero, obviamente estaba la oficina financiera, con la contabilidad, pagaduría, etc. Luego, con el extraordinario trabajo de Paco Martínez, como presidente de AFESE, se logró incorporar a los pensionistas de Cesantía al seguro médico hasta los 70 años, y luego, se lo ha ido ampliando y mejorando considerablemente por el trabajo tesonero de los directivos subsiguientes. El tercer rubro fue servicios: se inició el proceso de crear un sistema de apoyo a los jubilados, comenzando por el pago fácil de sus pensiones, a través de sus cuentas de banco, en dinero o depositándoselas en sus cuentas del SAC, se les amplió todos los servicios de la AFESE, incluyendo el servicio médico, dental y comisariato, también creado durante la presidencia de Paco. Luego se contrató a un jubilado para que se encargue de esta oficina, Julio Alarcón, nuestro inefable curuchupa, por saber él como ninguno sus necesidades. Se les brindaba el apoyo en el pago de cuentas de servicios, impuestos, gestiones en oficinas públicas, entre otras. El cuarto rubro nunca logró organizarse, el de recreación. Se pensó crear un centro de investigaciones histórico-diplomáticas para que nuestros compañeros retirados puedan escribir sus memorias con el apoyo administrativo y de investigación nuestro, la creación de una galería de arte para que la administren y ellos sean los curadores de las muestras que se presenten, y así muchas ideas que aun creo se pueden

poner en práctica, sin embargo, en esta área tienen los pensionistas pleno acceso de los departamentos de Bahía para sus vacaciones.

Un ejemplo de la importancia de la atención especial dada a los jubilados puede ser lo que ocurrió con el Embajador Wilson Vela. Wilson se encontraba ingresado en el Hospital Metropolitano, donde se le diagnosticó un cáncer generalizado y se le pronosticó menos de un mes de vida. Cuentan las enfermeras que cuando supo la noticia, con gran serenidad pidió que le traigan copas de champaña y agua de Guitig, (“el champagne de las aguas de mesa”) para brindar, como siempre lo había hecho en los grandes momentos de su vida, e invitó a médicos, familia y enfermeras a que lo acompañen a elevar sus copas por su muerte, que era únicamente un evento importante más en su larga vida, pero esto no era lo que quería contar, sino que pocos días después de esta escena, el Embajador Vela desapareció del Hospital, se había escapado. Lo buscaron desesperadamente y nada, se había esfumado. A poco rato recibieron la llamada de Jorge Ramos, desde la AFESE, informando que el Embajador Vela se encontraba en su oficina y que por favor manden una ambulancia a recogerlo. Wilson Vela había llegado de improviso a las oficinas de AFESE, en el Edificio Zurita. Vestido con su tradicional elegancia y con su “pasito universal”, muy de-

macrado por el efecto de la enfermedad, reunió a todo el personal que estaba sumamente impresionado, para decirles que no quería partir sin antes agradecerles por toda la ayuda que le habían brindado y que quería recomendarles que tengan la misma deferencia que habían tenido para con él con la señora Sarita, su esposa. Pocos minutos después llegaba la ambulancia y el se retiró dejando a todo el personal inundado en llanto.

En el establecimiento de una política de inversión, luego de las aventuras de compra de las Haciendas La Victoria y San Germán, que le produjeron importantes pérdidas al sistema, el poco capital con que se contaba estaba invertido en pólizas de acumulación en el Banco Popular. Confrontábamos problemas por el mal funcionamiento del Banco por cambio en sus propietarios, y buscábamos otra institución donde manejar nuestros recursos.

Estando yo de Jefe de Despacho de la Subsecretaría Bilateral (Fernando Córdova, Subsecretario) entró a mi oficina mi ex – Jefe y gran amigo, el Embajador Gustavo Ycaza Borja, para entrevistarse con Fernando y me oyó una conversación con un empleado del Banco Popular. Gustavo montó en cólera y con un resentimiento verdadero y justificado me dijo que no entendía como yo y Horacio (Gerente de Cesantía), quienes habíamos trabajado con él en Was-

hington, no lo habíamos considerado en sus nuevas funciones –Vicepresidente del Banco del Pacífico– para estos menesteres. Que me recordaba que él siempre será funcionario del Servicio Exterior antes que banquero y que como tal, debimos haber recurrido a él. Tenía toda la razón, le pedí disculpas y acordamos un almuerzo al día siguiente para establecer las pautas de una inversión productiva y segura para nuestros recursos.

Al día siguiente, invitados por el Banco, nos reunimos en el Club de Ejecutivos, Horacio Sevilla, Jorge Ramos y yo, mientras que por el Banco estaba Gustavo, Mauricio Laniado, Presidente del Pacific National Bank de Miami, y Gilberto Zambrano, Vicepresidente de las Oficinas de Quito. Gustavo, que ya había preparado un proyecto nos hizo la siguiente propuesta: los 500.000 que podríamos reunir, más otros 500.000 que el Banco nos prestaba, nos permitían comprar 1.000.000 de dólares en Bonos de la Construcción de los EEUU (Ginnymae), que a más de la gran seguridad estaban pagando excelentes intereses, varios puntos más de los que el banco no cobraba por el préstamo. Así hicimos nuestro primer millón. Gustavo dispuso además un acuerdo especial entre la CAJA y AFESE con el Banco del Pacífico, mediante el cual todos los servicios del Banco era gratuitos, incluyendo giros al exterior, tasas

preferenciales en todos nuestros depósitos, una línea de crédito especial para suplir las necesidades del SAC. Esta relación fue extraordinaria, el préstamo lo pagamos en menos de 3 años, y Gustavo manejó nuestra cartera hasta el día de su fallecimiento. Su “representante” en Quito, Gilberto Zambrano, nos prestaba toda su ayuda en la gestión diaria. Con Gilberto había una vieja amistad ya que fue compañero de colegio de mi hermano Rodrigo (2 años mayor), lo que permitió que nuestra relación sea excelente. Cuando falleció Gustavo y nuevos dueños tomaron el Banco, que lo llevaron a la quiebra en pocos años, tuvimos que cambiar de entidad administradora de nuestra inversión a pesar de la extraordinaria buena voluntad de Gilberto. Luego de muchos años después el Canciller Heinz Moeller nombró a Gilberto como Cónsul General del Ecuador en Roma, donde demostró su acostumbrada eficiencia y capacidad de servicio a la comunidad.

Durante el período de la Gerencia de Horacio, a más de todo el proceso organizativo que he relatado, confrontamos satisfactoriamente dos problemas sumamente serios. El primero la sentencia de afectación definitiva en nuestra contra por parte del IERAC de la Hacienda La Victoria. Pudimos inicialmente suspender esta decisión con el apoyo decidido del Embajador Hernán Cueva y luego, confrontamos el juicio contratando

como nuestro procurador al Doctor Oswaldo Jiménez Tacle, quien no solo logró revertir la sentencia a nuestro favor sino conseguir la declaración de no afectación del predio por 25 años. Hay que recordar que los moradores de la población aledaña de Pintag, azuzados por agitadores vinculados a la Democracia Popular (Deleg y Yanchapaxi) trataron de conseguir que el IERAC les adjudique esa tierra declarando que la Caja no podía ser propietaria de bienes inmuebles agrícolas. La presión política fue gigantesca y confrontamos varias ocupaciones e invasiones de la hacienda que nos tocó hacer desalojar, sin olvidar el casi pugilato que tuvo Paco Martínez con la Sra. Deleg con el riesgo de linchamiento por parte de sus seguidores.

Las batallas con la señora Deleg se habían vuelto legendarias, especialmente las protagonizadas por el Tacho Cornejo como Gerente de Cesantía en el período de Rafael Veintimilla, y por supuesto, las varias que confrontó Paco Martínez durante su presidencia de AFESE, y su gerencia del SAC.

El segundo fue una acusación que nos hiciera en contra de Horacio y mía el Canciller de entonces, Diego Cordovez, ante el Presidente Rodrigo Borja, de aprovechar nuestra posición en la Caja para manejos no necesariamente correctos. Nunca precisó la denuncia, pero fue lo sufi-

cientemente hábil para preocupar al Jefe de Estado, quien dispuso que el Doctor Pablo Better, entonces Director de la SENDA, investigue a profundidad nuestras actividades.

El Dr. Better nos citó a una reunión a las 7:00 de la mañana de un día lunes en su oficina, para tratar el tema. Nos sorprendió tanto la citación como la hora de la misma. Arribamos puntualmente y, como era lógico, el edificio estaba cerrado, tocamos el timbre, y el propio Better nos abrió la puerta. Pablo Better es una persona sumamente alta, casi dos metros, con barba rabínica y una voz ronca que produce cierto espanto y que casi nunca se desprende de su pipa. Juntos subimos hasta su oficina y en ella el Secretario de la Senda nos explicó la razón de la convocatoria. Como se nos había anunciado previamente el tema, le habíamos llevado toda la información requerida y la reunión duró hasta el medio día. El quedó en analizar todo lo dicho y nos informó que nos llamaría en breve. Quince días después, nos citó nuevamente a esa hora increíble, y todo ocurrió exactamente como la vez anterior, pero su trato con nosotros había cambiado radicalmente desde la primera reunión, ahora estaba afable cuando la primera vez estuvo adusto, inclusive nos invitó una tasa de café preparada y servida por él. Nos dijo que había analizado todo el material así como la información que le dimos verbalmente y

que tenía la satisfacción de decirnos que estaba complacido y positivamente impresionado con el trabajo que habíamos realizado, que no había encontrado nada que pueda ser cuestionado sino todo lo contrario y que estaba elevando un informe al Presidente recomendando que pase una circular a toda la administración pública dando a conocer nuestro trabajo, poniéndonos como ejemplo de manejo gremial. Le agradecemos mucho por sus expresiones y le pedimos que no haga esa recomendación porque podría malinterpretarse. Él entendió y así lo hizo.

En esta reunión, donde Better demostró sus dotes de gran conversador, nos contó confidencialmente la admiración que tenía por Juan Manuel Aguirre, Subsecretario Administrativo de esa época, por la decisión y voluntad de defensa del Servicio Exterior. Nos relató que Diego Cordovez lo había invitado a almorzar en el Rincón de Francia para contarle su versión de lo denunciado en nuestra contra, y en esa invitación participó Juan Manuel. En cierto momento, Cordovez abordó el tema y, ante la sorpresa de todos, Juan Manuel subiendo el tono de voz increpó a su Jefe diciéndole que no tenía porque meterse con la AFESE y la Caja, ya que ellas eran “nuestras” y no del Ministerio y al hacerlo hizo un movimiento brusco que catapultó con una perfección absoluta la copa de vino tinto que te-

nía delante sobre la nivea camisa de seda del Canciller, y de su aun más costosa corbata, convirtiéndolas en un desastre. Como es lógico, el almuerzo concluyó ahí mismo sin que el Ministro hubiera podido abordar este tema.

Poco después, cuando Horacio fue designado al exterior -República Dominicana- aceptó trabajar conmigo como Gerente de Cesantía el Embajador Marcelo Fernández de Córdova, y Paco Martínez reemplazo a Pepe Jijón en el SAC cuando este también salió para Lima. Con ellos, luego del fallecimiento de Gustavo Ycaza, tomamos la decisión de cambiar nuestro administrador de las inversiones, iniciando la relación con Shearson Leahman Brothers. Esta relación continúa hasta ahora a través de Merryl Lynch. Aquí, siguiendo las pautas señaladas por Gustavo buscamos una inversión segura, principalmente en bonos del Gobierno de los Estados Unidos, que ha esa fecha eran sumamente rentables. En la actualidad, por razón de la economía de ese país ya no lo son y hubo que diversificar esta inversión en otro tipo de papeles, cuidando siempre su seguridad por sobre la rentabilidad.

Este recuento quiere poner de relieve que lo que se tiene ahora, y que los nuevos miembros del Servicio Exterior lo toman como algo que siempre existió, es el producto

del trabajo de una generación de personas con mística de servicio que creyeron que trabajando juntos podíamos darnos un mejor servicio y ayudarnos a forjarnos un mejor futuro. Antes de esta época las condiciones del personal eran precarias, la inseguridad salarial muy grande, no existía seguro médico y no había posibilidad alguna de crédito. En estos años de esfuerzos, tanto a través de la AFESE y la Caja de Mejoramiento, como de las autoridades del Ministerio se ha avanzado mucho, pero por ello es necesario recordar estas cosas, como ejemplo de lo que han sido generaciones anteriores que han luchado por el mejoramiento integral del Servicio Exterior Ecuatoriano.

He relatado muy sucintamente el nacimiento del programa de jubilación y los principales problemas que confrontamos, que no fueron ni pocos ni simples, pero con voluntad y tesón los logramos superar. He recordado a algunas personas que trabajaron con una mística de servicio y una imaginación extraordinaria, pero de todos modos quiero mencionar especialmente a algunas: en la primera etapa, sin lugar a dudas Armando Duque, Egbert Espinosa y Rafael Veintimilla; en el período de consolidación Horacio Sevilla, Armando Duque y Hernán Holguín; las autoridades de ese momento, en especial el Ministro Rafael García Velasco y el Subsecretario Administrativo Byron Morejón por

su decidido apoyo; la generosidad y amistad de Jorge Capriatta, Director Regional de la OIT para las Américas y su equipo compuesto por Alfredo Contegrand y Alcides Spataro; durante mis dos presidencias, la colaboración de mi gerentes de Cesantía: Horacio Sevilla y Marcelo Fernández de Córdoba y los del Servicio de Ahorro y Crédito, José Jijón y Paco Martínez; la extraordinaria cooperación con los presidentes de AFESE, especialmente con Paco, Luis Gallegos y Enrique Arcos, así como por el apoyo irrestricto que nos brindó al inicio de la aventura Edwin Johnson. Yo conté con la colaboración de muchos compañeros en el Consejo de Administración y en el Consejo de Vigilancia, sin cuyo aporte no se hubiera logrado crear tanto en tan poco tiempo, y entre ellos tengo que mencionar a Graciela Carbo, quien me acompañó en la secretaría del Consejo durante la mayor parte de mis 4 años de gestión, como lo hizo posteriormente en otros directorios, donde, como todos la conocemos que desde chiquita tenía “muy pocas pulgas”, nos llamaba siempre al orden cuando nos salíamos de la agenda para entrar en largas digresiones sobre cualquier tema, se peleaba con gran determinación con Jorge Ramos y permanentemente nos hacía valer su opinión, como una demostración de la vocación de servicio de las nuevas generaciones.

Creo que Paco Martínez requiere un reconocimiento especial. Su vocación indeclinable de servicio y su visión de futuro fueron para mi indispensables en la labor que se desarrolló durante esos años, especialmente en 1990, durante su presidencia. En ese período se consolidó la Caja de Mejoramiento Administrativo, y la AFESE logró la ampliación del seguro médico para los jubilados, una de las conquistas más espectaculares de toda nuestra historia gremial, estableció el comisariato y creo la oficina de servicios de la AFESE, la cual fue hecho extensiva a los pensionistas, a cargo de nuestro casi legendario compañero Julio, el curuchupa, Alarcón. Su vocación de servicio ha estado siempre presente, y como Gerente del SAC logramos dar el gran salto al iniciar su vida sin recurrir a los depósitos de Cesantía. Luego en mis Presidencias de AFESE fue un puntal en toda la difícil gestión que me tocó asumir. Paco es un ejemplo de servicio para las nuevas generaciones. Todo lo que se alcanzó nunca pudo habérselo logrado sin el aporte de Jorge Ramos, que con su gran capacidad de creación, vocación de servicio, imaginación y, por que no decirlo, testarudez, nos dio hasta su salida de la institución, un aporte extraordinario. El contó con un excelente equipo, especialmente los contadores Freddy Hidalgo de Cesantía, y Sandra Galarza del SAC.

Luego de un crítico período se nombró para ese puesto a Javier Llorca, quien continúa por el camino marcado por Jorge, prestándonos también una excelente colaboración.

En el ámbito financiero quiero hacerle un especial homenaje de reconocimiento a Gustavo Ycaza Borja, quien, como nos dijo, siempre fue primero un funcionario del Servicio Exterior, poniendo a nuestro servicio sus conocimientos y su Banco, sin otra retribución que la satisfacción de contribuir al mejoramiento de sus compañeros.

Posteriormente a mi gestión muchos compañeros asumieron la dirección de la Caja de Mejoramiento, entre ellos Gonzalo Salvador, Diego Rivadeneira, Roberto Ponce, Alfonso López, Luis Narváez, y Rafael Veintimilla, que repitió muchos años después, con gran responsabi-

lidad y sentido de solidaridad que ha hecho que esta institución sea un ejemplo de servicio. Este ejemplo de la labor de estos compañeros debe guiar a las nuevas generaciones que se harán cargo del manejo de nuestro futuro, para continuar mejorando su atención a los socios y las prestaciones que ofrece, todo ello dentro del más estricto sentido de honorabilidad y honradez, así como con un sentido de previsión que garantice su supervivencia y éxito. Es sumamente grato ver que los representantes de los pensionistas de la Caja, que ahora son más de 100, participan activamente en el Consejo de Administración y Vigilancia, como en la Directiva de AFESE, haciendo que la familia del Servicio Exterior cuente siempre con su aporte y experiencia de los compañeros que han pasado a la situación de retiro, pero que conservan su vocación institucional.